

DOMINGO II DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 62, 1-5): *El Señor te prefiere a ti.*

Salmo (95, 1-2a.2b-3.7-8a.9-10a y c): *«Cantad las maravillas del Señor a todas las naciones»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 4-11): *Un mismo Dios que obra todo en todos.*

Evangelio (Juan 2, 1-11): *Este fue el primero de sus signos.*

La religión judía se había convertido en un conjunto de leyes, normas y purificaciones, pero le faltaba el encuentro con el Dios de la misericordia. Tenían agua para purificarse exteriormente pero ya no le quedaba el vino de la fiesta. La religión, que debía ser como la celebración de una boda con el Dios del amor, se había convertido en una boda triste, a la que le faltaba la chispa de la vida y la alegría. Como una boda sin vino.

Jesús, su madre y sus discípulos fueron invitados a una boda. El evangelista nos dice que faltó el vino y que María, la madre de Jesús, se lo dijo a su hijo. Jesús intervino y el agua de las tinajas de las purificaciones se transformó en vino de primera calidad. El organizador de la boda se quedó sorprendido: *«has guardado el vino bueno hasta ahora»*, le dijo al novio. Nos hallamos ante un relato lleno de símbolos que desea comunicarnos la novedad que ha introducido Jesús en la relación con Dios.

Seguro que hemos asistido a más de una boda: la ceremonia del enlace, el banquete, la fiesta, la alegría de todos. Pero, en aquel tiempo la fiesta de la boda duraba varios días y en esos días había grandes banquetes donde la bebida principal era el vino. Faltó el vino. Menos mal que los invitados no se dieron cuenta, si no menuda vergüenza, cuanta burla y qué fiesta más aburrida.

Muchos de los invitados a la boda de Caná gustaron el vino y eso fue todo. Los discípulos saborearon el vino, por el vino comprendieron el signo, y por el signo se abrió su mente a lo significado: *“El reino de Dios”*. Los apóstoles creyeron en Él, se fueron con Él, le acompañaron, le anunciaron, y murieron por Él. Frente a la actitud de rechazo por parte de muchos, que prefirieron las tinieblas a la luz, hubo otros que se dejaron iluminar y siguieron los caminos de la luz.

De este signo arranca la historia de muchas historias humanas. A nuestro lado viven personas de las que se puede afirmar que viven todavía saboreando del vino que no se acaba, otras, en cambio, se les acabó el vino y pasan su vida tragando vinagre.

El paso del tiempo, la costumbre y la rutina pueden alejarnos y hacernos olvidar los primeros momentos del amor, cargados de sueños y promesas. Así les sucede a muchas parejas. Pasa el tiempo y, un día cualquiera, descubren que la rutina se ha llevado la alegría, la pasión y, con ellos, el amor. Creyeron que el primer momento iba a durar toda la vida y, una mañana, se despertaron decepcionados, convencidos de que no había esperar nada más el uno del otro pues el amor se había ido de casa.

En Caná pudo aguarse la fiesta por un acontecimiento banal. Muchas tragedias familiares empiezan por semejantes acontecimientos. Muchas veces se acaba el vino de la alegría nupcial demasiado pronto. Se acaba el amor, la comunicación, los signos de ternura, la comprensión, la tolerancia... tras el acontecimiento banal de una enfermedad, el cansancio, una decepción, un prosaico detalle doméstico. Los que invitan a Jesús a su boda conviene que le manifiesten su ardiente deseo de que se quede allí para remediar lo que algún día puede parecer irremediable. Del agua de las decepciones puede Él sacar siempre sabroso vino.

La relación entre Dios y los hombres de todos los tiempos puede compararse a una boda. Es un compromiso de amor, un compromiso al que Dios será siempre fiel. La prueba de esta fidelidad del amor de Dios es Jesús. Él será para siempre la novedad del vino nuevo, el vino de calidad única que alegrará nuestras vidas y renovará cada día las bodas de Dios con su pueblo.

En la relación con Dios Padre también puede sucedernos lo mismo. Creemos habernos enamorado de Él, le juramos amor eterno, organizamos la casa de la religión, nos instalamos en ella y nos sucede que, con el paso del tiempo (de los siglos), la vamos llenando de normas, de costumbres, de ritos, también de condenas y reproches. Y, un día, nos despertamos con el corazón vacío, porque nos sobran cosas y nos falta el amor de Dios. Nos falta el vino.

Solo Jesús puede hacer que en la boda con Dios no nos falte la alegría. Solo Él puede ayudarnos a redescubrir el amor que Dios nos tiene. Solo Él puede transformar el agua en vino. A nuestro lado está María, su madre y nuestra madre, y como en aquella ocasión, nos vuelve a decir: *«Haced lo que Él os diga»*. Estas palabras de María, la madre de Jesús, nuestra señora, están dirigidas a todos nosotros. Escuchémoslas. Permitamos que sus palabras se posen en nuestro corazón.